

El pueblo de París admira apasionadamente a los hombres que lo guían, y su admiración produce esa temperatura vital que comunica a la *élite* una especie de euforia y mantiene en tensión sus facultades intelectuales. Porque se sabe escuchada, trata de expresarse mejor, y nunca está segura de ser enteramente comprendida.

La multitud, depositaria de los principios, ignora las abstracciones que les dieron nacimiento, pero los ha convertido en *sous-entendus*, en principios tácitos, invisibles y los aplica con eficacia. La *élite*, no siente el peso de la tradición y, sin embargo, estos principios le imponen una constante vigilancia, la obligan a un denodado afán de superarse.

La influencia recíproca de la multitud y de las *élites* se ha hecho posible en Francia merced a la libertad intelectual y al espíritu de grupo. Sólo en la atmósfera de París ha podido surgir el Unanimismo, doctrina que exterioriza la necesidad imperiosa que sienten los individuos de comunicarse, de apoyarse mutuamente. «Los grupos —dice Leo Ferrero— unifican la diversidad y simplifican la infinita complejidad de los individuos. En los grupos, la multitud de un lado y la *élite* del otro, tienen conciencia de sí mismos. Los grupos luchan entre sí, pero como la mayoría de los parisienses ha reconocido la legitimidad del movimiento que atacan, como un grupo puede nacer y aumentar a pesar de la guerra que se le haga, porque sus mismos adversarios creen inconscientemente en su derecho a la vida, se ha establecido un *statu quo* a la vez tumultuoso y sereno. Todos los recursos visibles e invisibles de París son empleados para ser opuestos. Las ideas, el genio, el talento, el dinero, brotan de las profundidades. En lugar de aplastarse, esas masas opuestas se sostienen y constituyen todas juntas un solo edificio.

Leo Ferrero era un lector asiduo de Santo Tomás, un fervoroso del orden. Su *esprit de finesse* le permitía adentrarse en la realidad inmediata y valorarla, para inducir de allí, con espíritu geométrico, los grandes lineamientos de una civilización. Y he aquí el modelo de equilibrio que propone a los pueblos de Occidente; equilibrio que Francia no ha desmentido a través de los siglos y que ha permitido a Keyserling, por ejemplo, enunciar la tesis paradójica de que las ideas de la Revolución Francesa han servido para consolidar su pasado conservador; que han hecho que Gobineau, al desear para Francia un monarca absoluto, aprovechara los descubrimientos de su demócrata amigo Tocqueville... Al mundo occidental, que con tal de salvarse encuentra su propia ruina en las soluciones extremas, Leo Ferrero le ofrece el ejemplo de un microcosmos que mantuvo siempre firme su incorpórea arquitectura a base de subordinar y hacer cooperar en el orden, como un elemento esencial, el aparente desorden: la libertad.

Angélica es la transposición poética del capítulo II de *París*. La acción transcurre en una típica ciudad de «civilización ateniense» que atraviesa

un período de decadencia, en manos de un regente dannunziano que resucitó una ley vetusta con el propósito de poseer a Angélica, el personaje central del drama. Los demás personajes son tomados de la antigua comedia: Arlequín, Pulcinella, Valerio, Pantalón... Arlequín esculpe. «Soy un artista, dice. El orden y el desorden me resultan indiferentes. Y después de todo ¿qué me importa? Que el Regente se divierta, puesto que es poderoso. Angélica también es encantadora. Para mí el mundo no consiste sino en un regocijante espectáculo y no siento el deber de protestar en nombre de la moral, puesto que me ocupo de estética». Los personajes, si no se ocupan de estética, se ocupan de sus condecoraciones, de sus cátedras, de sus negocios, con una ligera inclinación hacia el orden.

«—¿Qué piensa usted de la situación?

«—Que es excelente. La ciudad nunca fue tan feliz y libre. El comercio, las industrias, nunca estuvieron tan prósperos.

«—¿Qué piensa usted de la ley?

«—¿Qué ley?

«—La que le otorga al Regente un derecho sobre todas las jóvenes del reino.

«—¡Oh, señor! yo no me ocupo de política».

Pero llega Orlando, que es casi tan loco como el personaje de Ariosto porque lucha contra la injusticia y la violencia, no ambiciona títulos, ni poder, ni dinero. Orlando despierta el buen sentido del pueblo y lo induce a salvar a Angélica. «Buscad armas, exclama, y acordaos de esto: ¡Angélica es la libertad!»

Valéry ha dicho que la libertad representa la prueba más difícil que se puede proponer a un pueblo. Saber ser libres no es cosa que se conceda por igual a todos los hombres ni a todas las naciones. Y hay que confesar que el pequeño pueblo de esta ciudad fantástica no sabe qué hacerse de la libertad. La *élite* razona como Pantalón, el negociante, que respeta el libre pensamiento pero no la libertad en las aduanas. El pueblo está extrañado de que Orlando no utilice la caída del Regente para ascender al poder. Nadie se da cuenta de que la libertad exige que se respeten los derechos y las legítimas aspiraciones de los otros. Pero Orlando es un hombre libre y no desea apoderarse de la libertad, como el Regente. No hará de Angélica su amante. La quiere demasiado. Y Angélica, despechada, lo mata. El pueblo cae de nuevo en la opresión. »

La sangre de Orlando ¿se habrá derramado en vano?



Leo Ferrero murió en Nuevo Méjico, a consecuencia de un accidente automovilístico. Preparaba una vasta obra, *a team-novel*, que abarcaría la

historia de un grupo de hombres desde la adolescencia hasta la edad madura, y se hallaba preocupado por una escena de su novela en la que un personaje debía de morir. Durante el paseo hizo girar la conversación en torno a la idea de la muerte y en un momento dado le preguntó a la amiga que lo acompañaba:

«—¿Cuál es, según usted, el postrer pensamiento de un moribundo?»

En ese instante se produjo la catástrofe.

Este artículo de mera divulgación, sólo se propone recordar la muerte de Leo Ferrero en plena juventud, que tanto entristeció a sus lectores, cuyo primer aniversario se ha cumplido el mes pasado.

(*La Nación*, mayo de 1933)

Un saludo a Jules Romains

Hace tres años, cuando habían aparecido los seis primeros tomos de *Les Hommes de Bonne Volonté* escribí en estas mismas columnas un largo artículo¹ en el cual expresaba mi admiración por la obra del gran novelista francés. Romains, a partir de entonces, añadió seis nuevos tomos a su vasta serie, a razón de dos por año. Y la lectura anual de estos volúmenes se ha convertido en una de mis más queridas costumbres literarias, dando origen a un sentimiento que difiere de la mera admiración intelectual que por lo común nos inspiran las novelas que amamos. Me parece curioso analizarlo.

Entra en él un factor de confianza. He aquí, me digo yo (y como yo tantos lectores), una admiración que no corre el peligro de usarse. No es menester que retrocedamos las páginas para repetir —conocido, mermando— el goce anterior. Tampoco avanzar en la lectura implica tocar su fin, gustarla una vez, prescribirla. Porque sucede con la mayoría de los entusiasmos literarios lo que con ciertos derechos que se extinguen cuando han sido ejercidos en toda su plenitud. La inminencia de su caducidad comunica a las novelas un elemento mórbido e inestable y aguza, a la par que perturba, el placer que nos procuran. Me refiero, claro está, al lector ingenuo que se entrega a ellas con la voracidad ardiente de sus años infantiles. Estos lectores entre los cuales me cuento, a quienes no se les pasa por la cabeza que *Les Hommes de Bonne Volonté* puedan terminar alguna vez, se hallan en condiciones de ejercer tranquilamente sus derechos. Los años, junto con el frío del invierno y la tibieza de la primavera, les aportarán dos frutos opimos de Jules Romains. El final de

¹ «*El novelista y la ciudad: Jules Romains*», *La Nación*, domingo 27 de mayo de 1933.